# ANTONIO MACHADO Y BAEZA: DEL RECHAZO A LA CONVERSIÓN

Son ya hoy muy numerosos los estudios que de forma única o parcial se refieren a la estancia de don Antonio Machado en la ciudad (1912-1919), hasta el extremo de que varios de ellos han merecido agruparse en un volumen conjunto de A. Chicharro titulado *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica* (1983). Otros varios forman parte de volúmenes relevantes en su bibliografia, como los de Manuel Tuñón de Lara *(Antonio Machado, poeta del pueblo),* Aurora de Albornoz *(Miguel de Unamuno y Antonio Machado)* o el de Ricardo Gullón y Allen Philips de la editorial Taurus, en la colección «El escritor y la crítica». También son fundamentales los capítulos que le dedican Pedro Cerezo y Bernard Sesé en sus conocidos libros. Con todo son los breves estudios de Rafael Laínez Alcalá, Jesús Pabón de Urbina, Francisco Escolano, Manuel Orozco, Miguel Pérez Ferrero, Juan Carlos Ortiz y Antonio Gallego Morell los que de forma más directa enfocan la etapa baezana de Machado.

De hecho ésta se inicia con la toma de posesión de su cátedra de Lengua francesa en el Instituto de Segunda Enseñanza. No falta en ellas la anécdota que había seguido a una terrible decepción sufrida por el poeta poco antes, pues éste suponía que el emplázamiento real de la ciudad era el de la conocida estación de ferrocarril del mismo nombre, cuando ambos núcleos distan 14 kilómetros, que en la época suponían un insufrible trayecto de casi tres horas en modesto tranvía. La decepción de Machado, que esperaba visitar Madrid los fines de semana con relativa frecuencia, gracias al ferrocarril, no pudo ser mayor. También la toma de posesión, como decimos, tuvo su anécdota, múltiples veces repetida: anochece cuando el poeta se dirige a la vivienda del director del Instituto, sita en el mismo

centro. Aparece la sirvienta –Gregoria– a quien pregunta por el señor director, y ésta, con voz sin matices, responde: «el director está en la Agonía». Nuevo mazazo para el ya desengañado catedrático. «Vaya por Dios ¡cuánto lo siento!», acierta tras el susto a musitar. Sin embargo, la joven deshace el equívoco: «No, la Agonía es el lugar donde se reúnen, y lo llaman así porque los labradores que van a él –agoniosos– siempre se están quejando por la falta de lluvias». Don Antonio respira, por fin, con alivio. Toma posesión el primero de noviembre de 1912, ante el director don Leopoldo de Urqula, profesor de ideas krausistas, amigo de su familia, y el secretario, don Antonio Parra.

Hay que anotar que su traslado a Baeza no fue voluntario como pudiera creerse, sino que, tras la muerte de su mujer, Leonor Izquierdo, solicita la primera vacante que se produzca y fue ésta la de Baeza. Es probable también que su amistad con el director, profesor de Filosofía, como queda dicho, influyera en el giro que dio la vocación humanística de Machado hacia el campo filosófico en Baeza. Recordemos que en esos años profundiza sus conocimientos de esta materia e incluso decide darles validez académica, para lo cual periódicamente viaja a Madrid a examinarse, y obtiene la licenciatura ante un tribunal que presidía Ortega y Gasset.

Cuando Machado llega a Baeza tiene 37 años y 44 al marcharse. Su venida, –como a cualquier otro lugar– apenas fue un intento sin convicción de paliar el profundísimo vacío que la muerte de Leonor le produjo. Así lo dice en carta a Unamuno: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya... El golpe fue terrible y no creo haberme repuesto». Esta carta es probablemente de 1913; pero antes, incluso, había llegado a pensar en el suicidio, seguramente desvanecido por el éxito de *Campos de Castilla,* tal como confiesa a Juan Ramón Jiménez.

Lo que cada vez parece más claro a los críticos es que la etapa baezana de Machado es la más importante de su producción, porque en ella se consolidan los matices de su literatura anterior y se inician otros nuevos que tendrán repercusión esencial en su obra, seguramente aquellos por los que se le estima hoy como poeta de poetas. Nos referimos, claro es, a su enfoque del tema de España,

al reflejo del paisaje andaluz, a la llamada «poesía filosófica», al inicio de lo que serán sus apócrifos, y al atisbo de su ulterior producción dramática –que comienza en la etapa baezana.

No obstante, el primer núcleo de poemas de esta época lo constituye la serie de versos elegiacos que recuerdan la ciudad de Soria y a su esposa muerta. Hay una poema, precisamente titulado «Recuerdos», en que parece despedirse de aquella tierra:

*Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano*
.....
*en la desesperanza y en la melancolía*
*de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.*

La vida de Machado en Baeza transcurre al principio con placidez y lentitud. El primer año reside en el Hotel Comercio –habitación núm. 15– donde aún se conserva una placa que recuerda el hecho: «Aquí vivió Antonio Machado. Año 1912». Pero su situación económica no le permitía tal dispendio y hubo de alquilar una casa donde residir con su anciana madre, doña Ana Ruiz, en la esquina del entonces llamado Prado de la Cárcel.

Así transcurre su «tiempo» en ese «pueblo triste» que él había, evocado:

*Hora de mi corazón;*
*la hora de una esperanza*
*y una desesperación.*

El Instituto era su lugar no sólo de trabajo sino en cierto modo de desahogo. Sus alumnos (Rafael Laínez Alcalá, por ejemplo) lo han evocado con todo detalle. Se le veía pasar siempre con su traje negro y su paraguas aunque hiciese sol. Por las tardes asistía a las tertulias del farmacéutico Almazán, también profesor de gimnasia del Instituto. A veces se le observaba entristecido a través de las vidrieras del Café La Perla, ausente, sin hablar demasiado. Sólo de vez en vez, cuando algún contertulio, especialmente don Cristóbal Torres, le sacaba de sus casillas, acababa por exclamar: «Don Cristóbal, va a dar lugar usted a que le

haga el salto del tigre». Sin embargo, este don Cristóbal, personaje –como dice F. Escolano– «atrabiliario y obcecado, inventor de fantásticas estadísticas que exponía en la tertulia, atribuyéndolas a imaginarias revistas, sempiterno discutidor y letrado sin prestigio», mereció el honor de que Machado le dedicara uno de sus mejores poemas: «Olivo del camino».

A la tertulia acudían también personajes muy singulares, como el profesor de dibujo don Florentino Soria, con el que don Antonio paseaba durante horas sin intercambiar palabra, o el catedrático de Geografía, don Mariano Ferre, con quien se sentaba muchas veces en el Casino de los Artesanos, sin hablar. Tal vez donde más se le oyó fue en su clase, y tampoco demasiado, según testimonian los alumnos, pues no pareció ser un profesor particularmente activo.

Además de los citados, acudían a la tertulia don José León, alcalde cuando gobernaban los conservadores, el médico Juan Martínez Poyatos, el concejal Manuel Olivera; por supuesto don Leopoldo de Urquía, catedrático y director del Instituto, el abogado don Emilio Fernández del Rincón, el notario don Pedro Gutiérrez Peña, casi seguro evocado en el poema «Hacia tierra baja», pues era gran tresillista. También acudían el registrador don Miguel Silvestre y el secretario del Instituto don Antonio Parra.

Como dice Francisco Escolano en su «Antonio Machado, en Baeza», mientras en la tertulia se discutía de política, Machado se entretenía en completar las barajas usadas –que de los cafés facilitaban al boticario para recoger con las cartas las pomadas de los almireces, convirtiendo los cuatros en cincos, los doses en treses, etc., mediante la agregación de figuritas que él pintaba. Así, cuando los contertulios improvisaban alguna partida de tresillo, los naipes siempre se hallaban a la mano.

Esta vida externamente pueblerina puede parecer prosaica. Machado tal vez pasó desapercibido en estos momentos en su valía como persona y como poeta. El pueblo sólo apreciaba de él su amabilidad; pero cuando se ponía «raro» –dicen– se iba sin compañía por la carretera de Úbeda, andando, a tomar café y a comprar cerillas a aquella ciudad, para luego volverse. En principio, Baeza no lo quiso o supo entender, pero él sí evolucionó coherentemente respecto a la ciudad, su entorno y su paisaje humano, yendo desde una incomprensión y despego iniciales, manifiestos en su «Poema de un día», a una identificación con

la circunstancia humana y el medio, en los poemas finales de esta etapa, según veremos. Comienza con el famoso:

*Heme aquí ya profesor*
*de lenguas vivas (ayer*
*maestro de gay-saber,*
*aprendiz de ruiseñor)*
*en un pueblo húmedo y frío,*
*destartalado y sombrío,*
*entre andaluz y manchego.*

En este mismo poema evoca la tertulia de Almazán: «Es de noche. Se platica / al fondo de una botica: / –Yo no sé, / don José, / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales.! –¡Oh, tranquilícese usted! / pasados los carnavales, / vendrán los conservadores / buenos administradores / de su casa.»

Como se ve, sus primeros poemas son de rechazo, entre otras cosas porque todavía está vigente el recuerdo de Soria y Leonor. Machado no desea más que seguir anclado en su soledad que refleja el poema «Caminos»: «De la ciudad moruna / tras las murallas viejas, / yo contemplo la tarde silenciosa / a solas con mi sombra y con mi pena.»

Ese intimismo se dará también en todos los poemas que evocan el paisaje baezano, pues, aunque éste sea brillante y sensorial, contrasta –absolutamente siempre– con el sentimiento del poeta, expresado por los adjetivos o en la exclamación incontenible al final del texto. Después de haber evocado el paisaje agradable, con el río, los olivares o la luna, acaba por exclamar: «¡Ay, ya no puedo caminar con ella!». No hace falta más comentario.

También escribe otro grupo de poemas que podemos llamar *postmortem* de Leonor; entre ellos «Soñé que tú me llevabas», escritos entre 1912 y 1913, amargos y entristecidos, aunque en algún momento aflore una tímida esperanza, que cifra en un progresivo acercamiento a Dios, a un Dios cristiano, íntimo y personal, muy raro en Machado. Eso mismo se ve en algunas cartas a Unamuno y, sobre todo, en la identificación imprecatoria y personalista con Dios de los famosos versos:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.*
*Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.*
*Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.*
*Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

No hay duda, por esa insistencia (Señor, Dios mío) de que se trata de un Dios concreto, contrapuesto al mar, cuyo valor simbólico, muy discutido, debe ser identificado con todo lo malo, caótico y pesimista del mundo.

Sin embargo, como ya hemos afirmado en otro lugar, no fue Machado tan ajeno a los quehaceres de la ciudad, en su sentido más amplio, hasta el extremo de colaborar con cierta frecuencia en los periódicos y revistas locales. Y no me refiero al conocido artículo en *Idea Nueva* como homenaje a su primer aniversario, modernamente editado por la Universidad de Baeza (1984), sino a otros textos, menos conocidos, como el titulado «A una España joven» *(Diógenes,* 28 de julio de 1918), en que se manifiesta el profundo cambio del pensamiento machadiano. Es un poema en metros largos, que trata del tema de España, pero con una honda palpitación por lo directamente vivido que le confiere personalidad incuestionable:

*Fue ayer; éramos casi adolescentes. Era*
*cuando montar quisimos en pelo una quimera,*
*mientras la mar dormía ahíta de naufragios.*

El poeta se evade, como siempre, a través del sueño (su gran tema) y de él surge la idea de una nueva España que por un instante parece recobrar su rumbo. Pero todo queda en un espejismo que le lleva a concluir negativamente:

*Y es hoy aquél mañana de ayer... y España toda,*
*con sucios oropeles de carnaval vestida*
*aún la tenemos pobre, escuálida y beoda,*
*más hoy de un vino malo: la sangre de su herida.*
*Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre*
*la voluntad te llega, irás a tu ventura,*

*despierta y transparente a la divina lumbre*
*como el diamante clara, como el diamante pura.*

Hay un cierto optimismo en el último verso que aparece en algunos poemas machadianos de Baeza, donde, merced a la filosofía, supera el fondo de tristeza que le trae a esta tierra.

Pero ello no sucede siempre, ni es lo normal, sino que domina el tono de soledad, especialmente en aquellos poemas en que, tras evocar los campos de olivares polvorientos, el autor se ve caminando «sólo, triste, cansado, pensativo y viejo», por oposición a su vida alegre y esperanzada en los años del alto Duero. Esa emoción se percibe también en poemas como «Yo voy soñando caminos», «A José María Palacio», donde recuerda su vida anterior, o el Alto Espino, es decir, el cementerio donde yace el cuerpo yerto de Leonor.

Esta insatisfacción le lleva a no percibir más que valores negativos en sus primeros momentos. Así sucede en una famosa carta a Unamuno, donde dice: «Esta Baeza que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de Segunda Enseñanza, y apenas sabe leer un 30% de población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica que Soria y no hay un átomo de religiosidad». Machado no deja, pues, muy bien parada a Baeza en esta su primera visión. Soria le parece más espiritual. No tanto por que lo fuera en realidad, sino porque allí dejó lo que a él realmente se lo hacía ver.

El aspecto formal de la religión en Baeza siempre le pareció un estado de superstición milagrera que nada tenía que ver con el Evangelio. Pero poco a poco va viendo la autenticidad, sobre todo en la realidad física de la tierra. Es el momento en que, sin abandonar el tema del tiempo ni del sueño ni del amor, enfoca una temática distinta: la filosofía cordial, que él ve en Unamuno, o la incipiente penetración de la política en sus escritos que preludia lo que sería en otros tiempos. Incluso en la tertulia de Almazán participa algo más en las discusiones. Pero es el paisaje de Baeza el que acaba por adueñarse de su retina complacida: los

colores (pardo, gris, dorado) entran a formar parte de su paleta paisajista. Machado, ya desde las murallas, observa complacido al sembrador que echa la semilla en los surcos de la tierra, mientras las nubes cenicientas ensombrecen los grises olivares, y ya conoce e identifica las sierras de Cazorla y Mágina, el Aznaitín, los montes de Granada, etcétera. Es decir, se siente comprometido, con un medio físico al que no superpone el de Soria: es ahora el paisaje de Baeza autónomo, válido como objeto artístico per se.

En un tiempo relativamente corto se ha desprendido de las ligaduras del pasado, porque otro paisaje –el nuestro– tal vez más bello, ha ganado su sensibilidad. Aunque sólo fuera por esto la etapa de Machado en Baeza habría supuesto un gran avance en su lírica; pero también lo fue por la censura del señoritismo –en el sentido más negativo–. No era un problema de clase social o de casta el objeto de su censura, sino de un tipo de hombría degradada que nada tiene que ver con los cuellos planchados o las corbatas. El señoritismo más bien, como dice el propio Machado, se complace en ignorar –jesuiticamente– la insuperable dignidad del hombre. No cabe duda de que los acontecimientos históricos del momento (estallido de la 1.ª Guerra Mundial en 1914 o la formación de la Liga de la educación política) repercuten en el compromiso que su poesía adquiere en Baeza.

Y otra faceta más: la veta folklórica, que proviene de la influencia de su propio padre, don Antonio Machado y Álvarez, autor de una famosa recopilación de cantares, y de su tío Agustín de Durán, compilador también de un romancero, que será decisiva en Baeza, aunque los libros en cuestión se publiquen después.

También se escribe aquí parte del cuaderno luego titulado *Los complementarios,* y una serie de versos incluidos en *Nuevas canciones* que inauguran la etapa de la asonancia y la rima pobre en Machado, de las cancioncillas tradicionales y proverbios, o los apuntes breves en forma de soleá o romancillo, como aquél que condensa en versos inolvidables la escena de la lechuza que entra en la catedral para beber del velón de aceite de Santa María e iba a ser espantada por San Cristobalón que termina con la apostilla, universalmente famosa: «¡Campo de Baeza / soñaré contigo / cuando no te vea!».

Y como elemento decisivo la plasmación en Baeza de los llamados apócrifos, que se publican muchos años después: *Juan de Mairena, Abel Martín,* y el nonnato *Pedro de Zúñiga.*

Puede decirse que la creación machadiana de esta época gira fundamentalmente en torno a cuatro facetas: 1) Profundización del tema de España en la línea noventayochista, pero con abundantes toques de originalidad. 2) Identificación con el paisaje andaluz baezano. 3) Iniciación y culminación de su llamada «poesía filosófica» y de los apócrifos como ulterior resultado. Y 4) Comienzo de su compromiso político, que es aquí donde tiene su punto de arranque. Recordemos esos famosos versos que condensan la temática: «Poned atención, / un corazón solitario / no es un corazón».

Evidentemente la vida de Machado en nuestra ciudad no fue sólo eso; en la cotidianidad del hombre rutinario no faltó la huida hacia adelante, ante el incentivo de unos ojos candorosos o unos encantos físicos completos. Nos referimos, por un lado, a Maria del Reposo Urquía, una de las hijas del director del instituto, que comenzó a revolotear por sus versos, o a Francisca de la Poza, de la que apenas queda una leve alusión. Son ambas el comprobante de que Machado rompe en estas etapas con sus ligaduras del pasado y prepara el camino del vendaval Guiomar.

De todas formas, don Antonio en Baeza fue siempre el incomprendido que mira en derredor, pasea incansablemente, investiga y estudia desde el rincón moruno mientras contempla cómo se hunden imperios y coronas «en la Hespéria triste / promontorio occidental, / en este cansino rabo / de Europa por desollar».

DÁMASO CHICHARRO

(*Historia de Baeza (Historia, Literatura, Arte),* Granada, Universidad de Granada-Ayuntamiento de Baeza, 1985)